



## Capítulo 238 - Virgilio conoce personalmente a sus enemigos.

Cuando Vergil emergió de la dimensión oscura y regresó a los cielos de Los Ángeles, inmediatamente le impactó una visión que le hizo fruncir el ceño.

El caos consumió la ciudad. Edificios en llamas, escombros al viento y gritos que resonaban en las calles. Pero eso no fue lo que realmente le llamó la atención.

—¿Qué demonios...? —murmuró, entrecerrando los ojos.

Entonces, algo en el cielo brilló intensamente: un rayo de luz dorado atravesó las nubes como una lanza divina, iluminando todo con un resplandor casi cegador.



Vergil tuvo que protegerse los ojos por un momento, sintiendo la abrumadora presión de esa presencia.

"¿Qué demonios es esto?" murmuró, intentando enfocar la vista... Fue entonces cuando sintió el frío y delicado roce en el pecho.

Sus instintos gritaron y al instante intentó alejarse, pero ya era demasiado tarde.

Una voz sensual y seductora susurró cerca de sus labios y su cálido aliento lo rozó.

"Vaya, vaya... Eres muy fuerte, ¿no?"

Los ojos de Vergil se abrieron levemente cuando se dio cuenta de que una mujer estaba a escasos centímetros de él, sus cuerpos casi presionados uno contra el otro.

Cuando su visión se ajustó, vio...

Un ángel caído.

No cualquiera, sino uno con seis alas.

Era deslumbrante. Su figura esbelta y curvilínea irradiaba una belleza imponente; su ajustado vestido negro acentuaba su figura de una manera casi indecente. Su larga cabellera plateada ondeaba suavemente con la energía que la rodeaba, y sus ojos dorados brillaban con una mezcla de lujuria y malicia.

Sus alas negras estaban completamente abiertas, cada pluma irradiaba un brillo oscuro pero elegante, que contrastaba con el aura dorada que la rodeaba.

Ella sonrió, una sonrisa seductora, casi desafiante. «Puedes verme como un enemigo... o como algo mucho más interesante».

Vergil simplemente le devolvió la sonrisa, sus ojos brillando como rubíes ardientes.

"Eso depende... ¿Eres lo suficientemente fuerte para entretenerme?"

Antes de que la mujer pudiera responder, él desapareció como un borrón, moviéndose tan rápido que el espacio donde una vez estuvo pareció





deformarse ligeramente. Su intención era clara: reaparecer detrás de ella y atacar antes de que pudiera reaccionar.

Pero algo salió mal.

En el momento en que intentó materializarse, una mano fría le rodeó la garganta.

Vergil parpadeó sorprendido al darse cuenta de que ella ya lo estaba esperando, con sus largos y delicados dedos agarrando su cuello sin esfuerzo.

El ángel caído inclinó la cabeza y sus labios carnosos se curvaron en una sonrisa satisfecha.

"Involucrarse con alguien que no conoces, sin siquiera levantar la guardia... ¡qué niño tan tonto!"



Su voz era melódica, casi burlona, pero con un peligroso tono de superioridad.

Los ojos de Virgilio brillaron con malicia.

"No me subestimes."

En un instante, su cuerpo se disolvió en una ráfaga de viento afilado como una navaja, una cuchilla invisible que cortó directamente hacia el rostro de la mujer.

Ella reaccionó en el último momento, inclinando elegantemente la cabeza hacia un lado y esquivando sin esfuerzo.



"Fufufu... ni un rasguño." Se rió suavemente, aterrizando con elegancia en el aire, como si esto no fuera más que un juego.

Vergil reapareció de espaldas a ella, con sus pies tocando ligeramente el vacío.

"¿Está seguro?"

Seraphina parpadeó. Entonces, un fino corte apareció en su mejilla, y una gota de sangre carmesí le corrió lentamente por el rostro.

Arqueó una ceja, llevándose el dorso de la mano a la herida y limpiando la sangre. Sus ojos dorados brillaron con renovado interés.

"Mmm..."

Luego, lamió su propia sangre y sus labios se curvaron en una sonrisa que mezclaba curiosidad y emoción.

"No eres un Rey Demonio por nada, fufufu..."

Vergil, ahora frente a ella, sonrió levemente, sus ojos analizando cada detalle de la expresión de la mujer.

"Tienes mucha más confianza de la que esperaba...", empezó, con un tono divertido. "Normalmente, la gente que se esconde no aparece de la nada... ¿Verdad, Seraphina Kalra?"





La sonrisa de Seraphina se desvaneció levemente y sus ojos dorados se agudizaron.

—¿Cómo sabes quién soy? —Su voz ahora tenía un tono más serio y menos jugueteo.

Vergil simplemente se encogió de hombros, como si la respuesta fuera obvia.

"Digamos que tengo muchos contactos..." Entrecerró los ojos e inclinó ligeramente la cabeza. "Pero es difícil no darse cuenta... Habilidad, corrupción y control mental... y, casualmente, acabo de lidiar con un montón de Ángeles Caídos infectados."

—Es curioso, ¿verdad? —Dio un paso adelante y su sonrisa se ensanchó.

Seraphina se cruzó de brazos y golpeó ligeramente el codo con la punta de un dedo, como si estuviera evaluando a Vergil.



—¿Y qué insinúas exactamente, Rey Demonio? —Su voz conservaba su tono seductor, pero había un brillo penetrante en sus ojos dorados.

Virgilio sonrió.

—No me hagas perder el tiempo fingiendo ser solo una observadora, Seraphina. —Hizo un gesto sutil hacia los cielos en ruinas que los rodeaban, donde aún crepitaban en el aire restos de energía sagrada y oscura—. Si alguien como tú decidió mudarse personalmente, esto es mucho más grave de lo que parece.

Seraphina simplemente se rió: un sonido suave y melódico.



—Qué sospechoso... Solo quería presenciar el caos con mis propios ojos. —Se acercó, con los ojos entornados y la voz bajando hasta convertirse en un susurro—. Dime, Vergil... ¿nunca has sentido esa emoción? ¿El placer de ver un mundo derrumbarse?

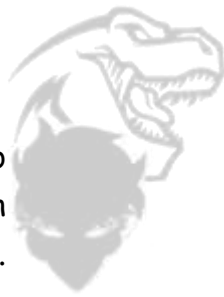
Él la miró fijamente, con expresión firme.

"No soy lo suficientemente patético como para simplemente mirar".

Seraphina se rió entre dientes otra vez, pero esta vez, su risa fue más aguda.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es tu teoría, gran estratega?

Vergil estudió a la mujer que tenía delante. Alguien como ella —un Ángel Caído de alto rango, lo suficientemente poderoso como para mantenerse al margen de los conflictos directos— no se movería sin un propósito mayor. Simplemente observar era una excusa débil.



Dio un paso adelante, acortando la distancia entre ellos.

"Estas probando algo, ¿no?"

Su sonrisa se desvaneció levemente.

—¿Y qué es exactamente lo que estaría probando, Vergil?

Él inclinó la cabeza y sus ojos diseccionaron cada detalle de su postura.



¿Los efectos de esa mierda que infectó a los Ángeles Caídos? ¿O quizás... la capacidad de reacción de las facciones? —Arqueó una ceja con un dejo de ironía—. ¿O simplemente te aseguras de que nadie pueda detenerlo a tiempo?

Seraphina parpadeó lentamente, como asimilando sus palabras. Luego, sonrió.

"Eres mucho más perspicaz de lo que esperaba..."

—Entonces, no lo estás negando. —Vergil entrecerró los ojos.

Seraphina suspiró, colocando sus manos en sus caderas.

"Vergil, Vergil... a veces, las cosas son exactamente lo que parecen." Señaló vagamente la destrucción que los rodeaba. "La ciudad es un caos, las facciones se están destrozando, y solo quería echar un vistazo. Nada más."



Virgilio no lo creyó ni por un segundo.

—No intentes contarme tonterías, Seraphina. —Su voz ahora contenía una amenaza velada—. Si quieres seguir con vida, tendrás que hacerlo mejor que eso.

Una luz dorada brilló intensamente por un instante, como si el cielo se partiera en dos. Entonces, en un abrir y cerrar de ojos, aparecieron tres figuras, suspendidas en el aire.

Vergil no necesitó más que un instante para reconocer al hombre que los guiaba.

Sus ojos se entrecerraron.



"Pensé que podía pelear con todos..." murmuró, con una frialdad penetrante en su voz.

El hombre flotaba con una presencia oscura pero serena, ataviado con una capa negra con detalles extraños. No tenía rostro, solo una calavera dorada. En su mano, un fragmento de Excalibur brillaba con una luz amenazante.

Vergil sintió una necesidad salvaje de arrancarle ese brillo de las manos a ese bastardo... Después de todo, ese era el objetivo que había estado cazando.

El espectro del que Paimon le había advertido.

La alimaña que se atrevió a intentar matar a una de las personas que más le importaban a Vergil en este mundo... después de sus esposas... Viviane.

Seraphina arqueó una ceja y una sonrisa juguetona bailó en sus labios.

"Bueno, bueno... parece que nuestra pequeña reunión se volvió aún más interesante".

Vergil, sin embargo, no le prestó atención. Sus ojos estaban fijos en la figura esquelética que flotaba en el aire, sosteniendo el fragmento de Excalibur.

El aire se hizo más pesado.

El cráneo inclinó ligeramente la cabeza y su voz resonó con un tono frío e inquebrantable.







"Rey Demonio..." Casi sonaba divertido. "Sabía que una plaga como la tuya aparecería tarde o temprano."

Vergil dejó escapar una risa silenciosa, moviendo los hombros como si estuviera calentándose.

—Te voy a matar. —Su voz contenía una promesa mortal—. Te mataré a muchos.

Sus ojos brillaban de un rojo vibrante.

"Sabes, normalmente intercambiaría algunas palabras antes de acabar con un pedazo de mierda como tú..."

En un instante, desapareció y el aire a su alrededor implosionó por la pura fuerza de su velocidad.

Reapareciendo justo en frente de Specter, su espada ya estaba cortando hacia adelante, con el objetivo de cortar la garganta del bastardo.

"... ¿Pero en serio? Hoy se me acabó la paciencia."

La espada negra de Vergil cortó el aire con una velocidad letal, pero se detuvo a mitad del movimiento.

Una mano había agarrado la espada con firmeza.

Vergil entrecerró los ojos al ver la figura recién llegada.





Un hombre alto, con un largo abrigo negro y una espada demoníaca a la espalda. Su vibrante cabello rojo y sus cuernos negros y curvos hacían su presencia aún más intimidante.

"Tch..." Vergil chasqueó la lengua, frunciendo el ceño. "Dante DeValle."

Antes de que pudiera reaccionar, otra voz cortó el aire.

"Paso atrás."

Virgilio giró la cabeza y vio a otro hombre flotando allí.

Una figura de piel pálida, ojos rojos brillantes y cabello dorado que relucía bajo la luz de la luna. Vestía de forma informal, como si acabara de salir de una fiesta cualquiera, pero su presencia era abrumadoramente imponente.



Miró a Virgilio con aburrimiento.

"Vete. La guerra ha terminado. El fragmento nos pertenece."

Virgilio apretó los puños.

"Y tú... debes ser Lucian."

Entrecerró los ojos y cada instinto le gritaba que algo iba muy mal.

"Al final, nuestra investigación dio sus frutos..."



"Lucian, Dante y Seraphina... y ahora Specter también..."

Vergil respiró profundamente y una sonrisa aguda se formó en sus labios.

"¿Qué demonios están tramando?", preguntó, conteniéndose. Lo único que quería era atacarlos y matarlos a todos, pero no estaba seguro de poder hacerlo, no en esta situación.

—Te sugiero que te vayas —dijo Specter—. O borraré Los Ángeles del mapa.

